

La monarquía y el futuro de Cataluña

MIGUEL ESCUDERO*

Hace un par de años, en su libro *Esperanza en tiempo de crisis*, Laín Entralgo recordaba la siguiente frase de Ernst Bloch: "Sólo un cristiano puede ser buen ateo, solo un ateo puede ser buen cristiano". Estas sentencias, provistas de cierto aire unamuniano, obligan a estudiar como fronteras creencias distintas. Cabe preguntarse si podrían trasladarse a ella los términos *republicano* y *monárquico*. ¿Aparentan, tal vez, estas dos decantaciones mayor incompatibilidad entre sí que las definiciones de *ateo* y *cristiano*?

Personalmente señalaré que siento inquietud ante la cuestión de qué será de mí tras de mi muerte, porque me va con ella la vida. Más me afecta todavía cuando se trata de mis seres entrañables (el número de los cuales

crece con los años). Pero, en cambio, la disyuntiva *en abstracto* de monarquía o república no me interesa pues me resulta superficial y, en el fondo, una simpleza. Ninguna de ambas *formas* de estructurar la máxima autoridad de un Estado me produce, *previamente*, ni hostilidad ni fervor. Por lo demás, la Historia enseña a no tener ningún entusiasmo incondicional o ingenuo. Y, sin embargo, a todos nos debe importar mucho que el Rey sea un buen rey.

«La disyuntiva *en abstracto* de monarquía o república no me interesa pues me resulta superficial y, en el fondo, una simpleza. Ninguna de ambas/ormas de estructurar la máxima autoridad de un Estado me produce, *previamente*, ni hostilidad ni fervor, Por lo demás, la Historia enseña a no tener ningún entusiasmo incondicional o ingenuo. Y, sin embargo, a todos nos debe importar mucho que el Rey sea un buen rey.»

El 20 de noviembre de este año se acaba de cumplir (para el lector; yo estoy escribiendo este artículo unas semanas antes) el vigésimo aniversario de la muerte de Franco. A los dos días, fecha que ahora celebramos, Juan Carlos I juró como rey de todos los españoles. Heredero de la vieja corona de España, el principal *haber* que ha tenido y tiene es su *saber estar*. Su reinado comenzó *proclamando* la

reconciliación de la España oficial con la real al dar por concluido el espíritu de la guerra civil, que seguía separando a unos españoles de otros. Sólo por eso merece gratitud y nuestro más cálido reconocimiento.

En su serie de libros del pensamiento político *La España Real*, Julián Marías dedica muchas páginas, de inexcusable referencia, al papel de la Monarquía española de nuestro tiempo. Para él "la Monarquía no debe ser ni una herencia que se recibe a beneficio de inventario, ni un mero ornamento, ni la quinta rueda del carro, de la que en cualquier momento se puede prescindir", tiene que ser futuriza, orientada hacia el futuro y evitando el arcaísmo. La figura del rey de España es contemplada como la "superior personificación" de la soberanía popular, "la Constitución —afirma Marías— *lo constituye como tal Rey*, y es él el encargado de que todo el juego político transcurra de acuerdo con ella". Por otro lado, en cuanto Jefe de Estado nos corresponde exclusivamente a nosotros los españoles, "pero como cabeza de la realidad social española pertenece inevitablemente, queramos o no, al mundo hispánico en su conjunto". Y eso porque es *símbolo* de continuidad y convivencia, símbolo de la Nación y de cada uno de los antiguos Reinos, Principados y Señoríos. Por ello, el rey no debe convertirse en un presidente vitalicio pues "ningún partido, ningún grupo, ninguna clase, ninguna región puede *apoderarse* del Rey ni identificarse con él, ni servirse de él para sus fines

«Cuando al pronunciar sus primeros discursos en Cataluña el Rey se dirigió en catalán al auditorio, una inefable emotividad se despertó en gran parte de los catalanes. En su subsuelo mental estos paisanos míos disiparon no pocos recelos y suspicacias, y los transformaron en simpatía y afecto hacia aquel joven monarca que les hablaba en la lengua íntima.»

particulares", subrayaba en aquellas páginas nuestro filósofo.

Cuando al pronunciar sus primeros discursos en Cataluña el Rey se dirigió en catalán al auditorio, una inefable emotividad se despertó en gran parte de los catalanes. En su subsuelo mental estos paisanos míos disiparon no pocos recelos y suspicacias, y los transformaron en simpatía y afecto hacia aquel joven monarca que les hablaba en la lengua íntima. Este los había seducido así y se los había "metido en el bolsillo". La seriedad y afabilidad de su persona, los hechos posteriores y su sincera actitud hicieron que aquel aprecio no fuera flor de un día. Era una aproximación más — capital para los catalanes en general— entre las Españas vital y oficial.

Poco más de un mes después de la gigantesca manifestación del 11 de septiembre de 1977, el enérgico y conciliador Josep Tarradellas volvió a Barcelona como presidente de la Generalitat restaurada. El Rey y Adolfo Suárez mandaron ir a buscarlo para que regresase, y hasta el fin de sus días pidió a sus paisanos que fueran agradecidos y

que jamás olvidasen ese hecho. Hay que recordar, en cambio, que los nacionalistas encabezados por Pujol y los comunistas encabezados por... (¿por quién?, ¿quién puede acordarse?) hicieron denodados esfuerzos por impedir aquel retorno.

El Estatuto de Cataluña fue aprobado en 1980, año en que se convocaron elecciones para el Parlamento catalán. Desde entonces

llevamos los catalanes quince años de autonomía bajo el mismo presidente, sucesivamente reelegido. (Valga citar que, conmemorando esa efemérides, su Gobierno organizó hace poco una exposición donde la figura de Tarradellas brilla por su ausencia. No debería pasarse por alto que, en cambio, en el conjunto español estamos celebrando ahora, en medio de un inaudito descrédito institucional, la *llegada* del rey

que trajo la democracia poco después. Las primeras elecciones democráticas se celebraron el 15 de junio de 1977 y la Constitución fue refrendada por los españoles el 6 de diciembre de 1978.)

A lo largo de este período generacional de autonomía, Cataluña ha emprendido una trayectoria basada en verse a sí misma como una nación. La propaganda, en ese sentido, del gobierno de la Generalitat ha sido capital, intensa y persistente. Esa actitud hacia dentro y hacia fuera, supone *hacerse respetar* como tal nación. Pero eso no lo puede ejercer *en plenitud* un partido que quiera ser hegemóni-co en Cataluña. Por ello, haciendo un reparto de trabajo se ha alentado desde el poder a otras fuerzas nacionalistas, con las manos más libres, y abiertamente independentistas. (Pujol pretende pasar como freno de esos grupos, pero él *ha sido* su principal promotor, indirecto *cuando menos*.)

Con respecto a España, el proyecto nacionalista (defensivo, pujolista o como se le quiera calificar) la declara estado plurinacional y le niega su realidad nacional (la fórmula "nación de naciones" no tiene ningún eco en el Principado, da la impresión de que la emplean quienes vienen de la meseta con ganas de

«A lo largo de este período generacional de autonomía, Cataluña ha emprendido una trayectoria basada en verse a sí misma como una nación. La propaganda, en ese sentido, del gobierno de la Generalitat ha sido capital, intensa y persistente.»



contemporizar; claro está que suena a pamplinas. También retumban a falsete los que se acercan a declararnos con especial énfasis que Cataluña es nación, y España, estado; pero ese servicio al menos se paga, en recompensa se otorga una *buen*a fama incierta...).

La cuestión que aquí se plantea va más allá de la semántica adecuada.

Quienes afirman que Cataluña lo tiene todo para ser una nación, curiosamente siempre echan en falta algo (y aquí está el núcleo del asunto de fondo): ser ejemplo, la necesidad de que un sueco de origen, al declararse *fenoman*, se rebautice o se confirme con un nombre finlandés. Aquí esto es frecuente, y en los últimos tiempos ha habido un trasiego considerable de apellidos. Entre los literatos, el dramaturgo Kivi —intercalemos que se trata del autor de la primera novela publicada en finés; fue en 1870, hace 125 años—, el autor de *Kullervo*, se llamaba Stenvall; el senador Yrjoe Koskinen, autor de una notable *Historia de Finlandia*, antes de ser noble era un Forsman; el novelista Juhani Aho era un Bro-feldt, y así por el estilo". Ocurre, sin embargo, que todos los países tienen su propia razón histórica. Y esta no se puede vulnerar impunemente.

El afán por marcar las diferencias con los demás puede llegar a ser obsesivo, y convertirse en una pose que nos haga vivir sin naturalidad ni autenticidad. Marías (tan injuriado por la Cataluña oficial, tan desconocido por la Cataluña real) declaraba en 1965 que "Cataluña no es quien es por ser distinta, sino por *ser*, con algunas diferencias". Siempre ha sostenido que ninguna de las partes de España es nación, sólo el conjunto. Y no lo

son porque no lo fueron en su momento. Pero eso no supone, en modo alguno, tener una insuficiente personalidad: ni Atenas, ni Roma, ni el califato de Córdoba, admirables en tantos aspectos, fueron nunca nación. En *Consideración de Cataluña*, Julián Marías atina con un enfoque de nivel: "cuando un catalán cruza la frontera y llega a Perpiñán, tiene la impresión de que sigue en *Cataluña*. Cuando un español de otra región entra en la misma ciudad, se siente en *Francia*. ¿Cuál de los dos tiene razón? Creo que ambos. Perpiñán es catalán y francés; Gerona es catalana y española. Entonces —se dirá— ¿dónde está Cataluña? Creo que se trata de una cuestión de 'niveles'. *Cataluña es una realidad que existe a un nivel histórico-social distinto que Francia o España por una parte, que las ciudades, por otra*". (El subrayado de esta última frase es mío).

Si no fuera porque es inservible, el término raza podría ser adecuado para comprender la pluralidad de las regiones o países de España. En efecto, Salvador de Madariaga aborrecía la expresión "Día de la Raza", empleada para el 12 de octubre, porque raza, decía, es cosa de perros y caballos; y así nos lo parece hoy día a quienes detestamos el racismo. No obstante, raza significó también, antes de la II Guerra Mundial y para personas de mente egregia y alma limpia, una comunidad de modulaciones espirituales. La riqueza de España se encuentra en la variedad de sus comunidades —no homogéneas tampoco cada una de ellas— y en su conjunto; un todo, siempre superior a sus partes. Considerar *impropio* de los

catalanes el idioma español ("el castellano no es de Cataluña", ha repetido en octubre pasado Jordi Pujol) no sólo es una falsedad, sino que cerrará el porvenir de numerosos catalanes, los principales perjudicados... de su extrañamiento.

Hasta ahora, el nacionalismo ha sido hegemónico *social-mente* en Cataluña por razones políticas. Sólo así se entiende que la sociedad catalana se haya acomodado a que se le diga qué comportamientos suyos son *correctos* en cuanto catalana. Apática, tolera el chantaje afectivo. Entretanto y esporádicamente, grupos *llamados a la solidaridad* hacen su labor, ante la que es de mal gusto escandalizarse; que exagere *Madrid* ante sus "travesuras". Dos ejemplos: la réplica de la carabela Santa María, expuesta largos años en el puerto de Barcelona, fue objeto de diversos atentados, y en el último se la dejó para el desguace. Pues bien, los *gamberros* (¿cómo habría que llamarlos?) se salieron con la suya. Este "símbolo hispano" no va a ser repuesto, la reacción ha sido de conformidad ante el hecho consumado.

¿Rechazaba la Ciudad Condal a la carabela? Evidentemente no. En otra agresión, reciente y premiada también con la impunidad y la publicidad, se derribó uno de los noventa toros de Osborne que asoman por las carreteras españolas. El único situado en Cataluña, en el Bruc, fue abatido en el interior de una finca particular por un grupo de separatistas (también se les puede llamar así). ¿Se volverá a reponer? ¿A qué otro símbolo de continuidad histórica se apuntará ahora? La Cataluña oficial que comprende estos gestos con

«En el fondo, los modelos por los que se suspira son países pequeños e industriales, tales como Holanda, Dinamarca, o bien las repúblicas bálticas, Eslovenia y Croacia (cuyas independencias en 1992 fueron recibidas, en un ansioso ensayo de transferencia, con un júbilo nada disimulado por los medios oficiales catalanes).»



un guiño de complicidad no responde a la Cataluña real, la cual no rechista más que en privado. Se diría que ésta padece el síndrome de los *hijos ilegítimos*. Mi país catalán necesita desacomplejarse ante los falsos dilemas. Para no extraviarse en un país imaginario o de ficción van a hacer falta catalanes de valor que manifiesten una españolía sin *ismos* de ningún género, es decir, que se muestren *catalanizados* pero asumiendo sus raíces. Ellos desinhibirán la dimensión española del pueblo

catalán. Por cierto que la mayor humillación pública del nacionalismo sufrida en los últimos años sucedió en los Juegos Olímpicos de Barcelo-na'92: un "Camp Nou" abarrotado de espectadores que flameaban banderas españolas para jalearse a la selección nacional de fútbol... junto a su Rey. Pero actualmente sólo hay un partido político en el Parlamento catalán que tenga como propia la bandera española, ni monárquica ni franquista.